JUGANDO CON LAS SOMBRAS





Mª Gracia Morales

El sol del amanecer se filtraba entre las espigas de arroz y el agua del bancal encharcado devolvía el reflejo anaranjado a los ojos de Bang. El duro trabajo del arrozal era compensado por unos granos con los que alimentarse él y su hijo Suharto, lo sobrante servía para ganar unas rupias en el mercado de Dempasar.

Bang se detuvo un momento a contemplar aquellos arrozales escalonados de Ubud que absorbían todas sus energías a diario. Se caló el caping y encorvó su espalda para comenzar la faena.

Mientras su padre trabajaba de sol a sol cuidando de la pequeña plantación, Suharto iba a la escuela de la aldea. A la hora de comer salía con su primo e iba a casa de sus tíos, la hermana de Bang se había casado con un hombre bueno y generoso y los dos procuraban que el muchacho estuviera bien atendido, pues su madre había fallecido siendo él muy pequeño y su padre comía habitualmente en el arrozal. En aquella casa se respiraba mucha paz.

Aquel día los chicos vieron cierto revuelo en la plaza y se acercaron a ver qué pasaba. Al parecer había llegado un gran dalang, un maestro del teatro de sombras, una distracción inusitada en aquel rincón perdido de Bali.

Algunos de los adultos recordaban haber asistido alguna vez en Dempasar, la capital, a alguna función, pero allí, en la aldea, ni siquiera los más ancianos podían rememorar un acontecimiento así, y además, por lo que contaban, no era un dalang cualquiera… No se sabía si había sido bendecido especialmente por los Dioses o había conseguido su virtuosismo entregándose a los Espíritus Oscuros… Pero el Wayang Kulit era un ritual sagrado para alejar las fuerzas del mal, de modo que ¿era posible que la iniquidad pudiera ejercer algún poder sobre él?

Suharto escuchaba emocionado todo aquello, siempre le había atraído el teatro de sombras, aunque jamás había visto ninguno, sólo había contemplado unos dibujos y atendía embelesado a los que habían presenciado alguna representación. También le preguntó a su padre, pero parecía que no le interesaba nada, a juzgar por las respuestas que le dio.

Cuando, al final de la jornada, Bang fue a buscarle a casa de su hermana, le contó todo lo que había oído sobre el tema por el camino, y mientras la cara del chico iba iluminándose con la emoción, la del padre se ensombrecía por momentos. Suharto no se percató de que, al cruzar el umbral de la puerta, Bang apretaba con fuerza los puños y la mandíbula, y no había despegado los labios en todo el trayecto.

El primer día de fiesta Suharto fue con su primo a la plaza y estuvieron husmeando por los alrededores de la carpa instalada para el teatro de sombras. Había unos cuantos hombres por allí curioseando también. El muchacho intentaba encontrar un resquicio entre las telas por el que atisbar alguno de los secretos que tanto le gustaría poder desentrañar, pero el interior se resistía a ser mostrado y sólo devolvía oscuridad a sus ojos ávidos de novedades. Le costaba aceptar la decepción y dejó que su primo le llamara varias veces hasta que le gritó con impaciencia. Entonces se giró rápidamente para atender al reclamo, pero tuvo que parar con brusquedad porque se chocó con un hombre que estaba justo detrás de él. Miró hacia arriba y descubrió una cara muy peculiar que clavaba su intensa mirada sobre su rostro. Supuso que era el dalang pues no le conocía. Farfulló una disculpa e intentó salir de allí, pero una mano se había aferrado fuertemente a su brazo y le obligó a volver la cara hacia aquel extraño individuo.

-¿Te gusta?- Preguntó el hombre con una sonrisa enigmática y arrastrando ligeramente las palabras. Suharto sólo fue capaz de asentir con la cabeza, debido al pánico que sintió de repente. El hombre acercó su cara a la del chico y le dijo:

-Pues hoy hay función, puedes venir. -Y le soltó mirándole con una sonrisa burlona, aunque la expresión de sus ojos denotaba cierta curiosidad. Suharto salió disparado de allí hasta encontrarse con su primo, pero aún entonces no paró de correr hasta que se quedaron sin aliento.
No hablaron del tema, siguieron con sus juegos sin aludir ni una sola vez al sorprendente encuentro. Por la noche, frente a su escudilla de arroz, su padre le preguntó qué tal le había ido el día y el hijo le preguntó si podrían ir a ver alguna función de Wayang Kulit. Un destello imperceptible de ira brilló por un segundo en los ojos del hombre, pero se repuso con rapidez y simplemente le dijo que terminase la sopa levantándose de la mesa sin decir nada más.
Suharto estuvo dando vueltas a su cena mientras pensaba cómo podría conseguir su deseo, tan cercano ahora pero tan inaccesible como antes; cuando su padre eludía una pregunta, no había nada que hacer…
Los días siguientes transcurrieron con relativa normalidad, salvo que el muchacho se acercaba en cuanto podía a la tienda montada para el espectáculo de sombras. Iba solo, pues su primo se negó a acompañarle después del incidente con el dalang. Ponía gran empeño en ver algo, pero lo único que llegaba hasta él eran las voces asombradas de los afortunados que estaban dentro. En la aldea se hacían lenguas del magnífico maestro y sus extraordinarias funciones, lo que aumentaba su anhelo, ya desbordante, de verlo, aunque sólo fuera una vez.
Aquella noche volvió a insistir a su padre.

-Papá, ¿Por qué no quieres ir a ver el Wayang Kulit?

Bang tardaba en responder, comía sin mirar a su hijo.

-A mí me gustaría que fuéramos antes de que se vaya. Dicen que es mágico…- Continuó el chico.

-¿Mágico? -Le espetó destempladamente el hombre. Suharto nunca había visto a su padre así, le miraba con furia y no podía imaginar por qué.

-¡Escúchame con atención! ¡No te acerques a esa tienda, ni se te ocurra ir a ver ese teatro! ¿Me has oído?

-Sí papá- Contestó el chaval cabizbajo y desconcertado- Pero ¿por qué?

-Porque… porque si usa la magia… no creo que haga nada bueno.

-¿Tú también crees que trabaja con los Espíritus Oscuros?

-No lo sé, pero si lo hace, las sombras no te protegerán del mal. -Bang se había calmado un poco. -¡Anda, termínate el arroz!

Por la aldea corrían los rumores más extravagantes sobre el forastero, pero a Suharto, nada de aquello le preocupaba, ni siquiera aquel desafortunado encuentro con el hombre, y aunque le había prometido a su padre que no entraría al teatro, sólo pensaba en ver al maestro actuar.
La historia que más se relataba era la leyenda del gran dalang Agung Bambang Cahaya y su rival Bayangan Adi. Los dos eran poderosos pero a Cahaya le querían especialmente porque sus sombras poseían una bondad inherente para todo aquel que asistía a sus representaciones, se decía que era un elegido de los Dioses. Su mismo nombre producía un grato efecto: Gran Caballero de la Luz.
Bayangan Adi también era un ilustre dalang, pero no se decía de él lo mismo que de Cahaya. Su teatro era portentoso y sus fantásticas sombras producían una enorme fascinación entre el público. Siempre conseguía llenar su tienda de asistentes. No obstante, su espectáculo también generaba una cierta inquietud en lugar de la paz que procura la ausencia del mal. Bayangan Adi se había labrado un gran prestigio, pero algunos murmuraban que sus sombras estaban relacionadas con los Espíritus Oscuros. Se decía que trabajaba para ellos a cambio de conseguir ese teatro sin igual, porque tenía envidia de Cahaya. Si eso era cierto, el Wayang Kulit dejaba de estar al servicio de los Dioses para pasar a manos del demonio…
De Cahaya se decía que, tras un tremendo enfrentamiento entre los dos maestros, desapareció y nunca más se supo de él, había incluso quien aseguraba que había muerto. Todo era leyenda, pero las leyendas siempre tienen una parte de verdad…
A Suharto se le antojaba aquello tanto más atractivo cuanto más misterio lo envolvía, y se le hacía mucho más apetecible si cabe el hecho de poder asistir a una de esas funciones, porque el dalang que había recalado en la aldea era precisamente Bayangan Adi. El nombre significaba Sombra Superior… El chaval se preguntaba qué le habría impulsado al gran maestro a visitar ese minúsculo rincón en el mapa de Bali.
No podía evitar la atracción que sentía hacia aquellos toldos instalados en la aldea. En alguna ocasión tuvo su recompensa y pudo ver algo a través de las lonas desde su escondite exterior. Sin embargo deseaba ardientemente entrar, porque lo que había llegado a vislumbrar entre los pliegues de las telas le tenía absolutamente subyugado.

A medida que crecía su deseo, se veía menos dispuesto a hablar de ello con su padre. De manera imperceptible había surgido una sutil barrera entre los dos. A Bang no le pasó desapercibida esta mudanza, pero todos sus esfuerzos por conseguir un cambio en la actitud de su hijo fueron inútiles, se daba cuenta de que no era un hombre muy locuaz y pasar todo el día solo en el arrozal no ayudaba. Echaba mucho de menos a Cinta, su esposa, pero a veces, cuando había querido hablar de algo con Suharto, su falta se le hacía mucho más patente. Ella era perfecta para esos menesteres. La recordaba inclinada sobre el bebé describiéndole el mundo que les rodeaba con su voz cristalina y sus hermosas palabras. Ahora podría hablar con el chico, como lo hace una madre… ¡Cuánto la echaba de menos…!

El teatro de sombras parecía no tener ninguna prisa por abandonar el pueblo y el chico estaba encantado, había encontrado un lugar desde el que podía ver el espectáculo sin ser descubierto y en aquel sitio se podía pasar horas. Incluso cuando ya había desaparecido la última figura proyectada en el lienzo le costaba salir de allí. Aún no había visto las marionetas, pero se insinuaban admirables en sus sombras y Suharto estaba decidido a verlas como fuera.

Las cenas eran cada vez más silenciosas, el chico no levantaba los ojos de la mesa, contestaba a su padre con monosílabos y sólo cuando era absolutamente necesario. Bang veía cómo el ancho camino que había existido alguna vez entre sus almas se iba estrechando y amenazaba con cerrarse definitivamente, y no era únicamente por las alteraciones propias de la edad del muchacho… algo estaba pasando. El hombre observaba un cambio brutal en su hijo y no podía precisar la causa.
Al día siguiente, Suharto volvió al toldo del Wayang Kulit, buscó su escondrijo, pero habían cosido muy bien las telas y no podía ver nada. Una oleada de ira recorrió su cuerpo, nunca había sentido algo así, había llegado a un punto en el que no podía vivir sin esas imágenes, como si fueran una droga que le dominaba por completo. El sentimiento de rabia e impotencia explotó en sus ojos haciéndole derramar lágrimas, había cerrado los puños con tanta fuerza que se clavó sus propias uñas. Cuando se repuso un poco, secó su llanto con la manga de su camisa de batik y decidió marcharse, pero de pronto oyó una voz que le resultaba familiar y que procedía del interior de la tienda. Se quedó allí, alerta, escuchando con mucha atención: su padre vociferaba como un loco a alguien, supuso que hablaba con el dalang…

-¿Qué te propones? – Le oyó decir,- ¿Es que nunca vas a parar? ¿No es ya suficiente?

Suharto se quedó de piedra, ¿por qué no le había dicho que conocía al gran maestro? La voz del otro hombre no subió de tono, pero le contestó algo que enfureció aún más a Bang.

-¡Eres un ser repugnante! ¡Te lo advierto, márchate inmediatamente si no quieres tener problemas!

Ahora sí que pudo oír la risa del dalang, era siniestramente sarcástica, parecía una burla cruel de las amenazas de Bang. Entonces el padre cambió de tono, sus palabras sonaban frías y aceradas, sin el más mínimo atisbo de la cólera que mostrara un instante antes.

–Tú lo has querido, atente a las consecuencias.

Bayangan volvió a reír, pero, ¿se lo imaginaba o había cierta inseguridad en esas carcajadas? Suharto percibió que su padre abandonaba el lugar y él se quedó allí unos minutos más intentando ordenar aquellos acontecimientos en su cabeza.

Por la noche se volvió a repetir la escena de los últimos días, silencio, silencio y más silencio, aunque el chico no paraba de darle vueltas a una idea en su mente y una pregunta batallaba por salir de sus labios, ¿por qué se le había hecho tan difícil últimamente hablar con aquella persona que tenía delante? Observó unos segundos su semblante y pudo ver que tenía el ceño fruncido, estaba visiblemente preocupado.
Al fin pudo más la curiosidad e interrogó a su padre:

-¿Por qué no me dijiste que conocías al maestro? – El hombre alzó la mirada un instante como cogido por sorpresa. –Te oí discutir con él. -Suharto no pretendía hablar como lo hizo, pero sus palabras llevaban impregnado un inconfundible tono de reproche.

-Te dije que no te acercaras al teatro. -Fue su lacónica respuesta.

-Pero no me diste ninguna razón para no hacerlo.

-Espero que se marche pronto.

De repente Suharto se sintió como una serpiente lanzándose a su presa mientras contestaba a su padre: -¡Pues me iré con él! ¿Me oyes? Quiero ser un dalang, quiero hacer sombras, quiero…

Su padre le dio una bofetada mientras le decía: -¡Cállate! ¡Tú no sabes nada, NADA…!

El muchacho volvió a sentir esa ira que tanto le sorprendió aquella tarde, pero mucho más venenosa. Con la cara roja y destilando odio salió dando un portazo.

Bang fue tras él gritando: -¡Suharto, Suharto, hijo mío, lo siento…!
Pero Suharto ya estaba muy lejos…

Llegó a la tienda del dalang y entró. Allí estaba sentado como un gran señor. A la luz de los candiles resultaba realmente imponente.

-Pasa, te estaba esperando.

El chico tardó un poco en reaccionar, aquel recibimiento le dejó muy confundido.

-Siéntate.

Obedeció con torpeza debido a su azoramiento.

-Te gustan las sombras… -dijo el hombre sin hacer una pregunta precisa. El muchacho asintió lentamente con un movimiento de cabeza.

-Me he dado cuenta. – Hablaba saboreando cada palabra que pronunciaba, como si quisiera disfrutar de aquel momento sin prisas. Suharto se sentía turbado en su presencia, toda la

pasión que le había empujado hacia aquel sitio había desaparecido como por ensalmo y empezaba a arrepentirse, pero intuía que ya no era posible volver atrás.

-¿Te gustaría ver una función?
El chaval no era capaz de mirarle y bajó la cabeza sin contestar.

-¡Vamos! Yo sé que has estado escudriñando entre las telas de mi tienda. ¿Quién crees que te hizo el agujero para que pudieras verlo todo desde fuera?

Suharto levantó el mentón asombrado por aquellas palabras, pero volvió a bajarlo enseguida.

-Llevas el Wayang Kulit en la sangre, no lo puedes evitar… Tu padre lo sabe, lo ha sabido siempre, ¿no te dijo nada?

Pronunció estas frases con ironía, disfrutando de ver al chico cada vez más atónito. Miró fugazmente al dalang e intentó decir algo, sin embargo su lengua estaba agarrotada por el miedo que crecía sin freno en su corazón. Había algo inquietante en aquella estancia, algo imperceptible que se colaba por el sarong y la camisa, y entraba en su alma como si quisiera expulsarla. Notaba un dolor sordo, aunque no era físico, y el frío empezaba a helarle por dentro. Quería irse, pero era como si le hubieran atado al asiento con maromas invisibles.

-¡Ahora quieres irte! -Exclamó el hombre con un punto de sorna y se rio a carcajadas, esa risotada se le metía entre los huesos y producía un sufrimiento indescriptible, un padecimiento que no tenía alivio: el dolor del espíritu que lucha por no abandonar el cuerpo pero al que otro empuja con violencia para ocupar su puesto. El alma del chico se aferraba con finos dedos combatiendo tenazmente contra el desgarro. Suharto no podía hacer nada, ni siquiera llorar o gemir, sólo sufrir esa terrible agonía para la que no tenía ninguna defensa.
De pronto se iluminó la pantalla preparada para el teatro y Bayangan la miró sorprendido. Aquello supuso un desahogo para el muchacho, que respiró liberado de la angustia padecida en los últimos minutos.
Ante los ojos estupefactos de ambos empezó un espectáculo de sombras que curaban el dolor del chico, el espíritu que había penetrado en su interior se revolvía espasmódico y desesperado, aquellas figuras proyectadas desde detrás de la tela lo expulsaban.
Bayangan fue presa de una insólita crispación, y cerrando los ojos, dirigió la cara hacia abajo, puso los puños juntos a la altura de su boca y abrió las manos y los brazos mientras pronunciaba unas palabras incomprensibles. En aquel instante brotaron otras sombras, no las producía ninguna marioneta, salían del conjuro hecho por el dalang, y empezaron a luchar contra las que habían surgido desde el otro lado.
¡Entonces era cierto! ¡Bayangan Adi era siervo de los Espíritus Oscuros…! ¡No necesitaba títeres! Pero entonces… ¿de dónde salían aquellas siluetas…?

La lucha de las figuras era feroz, las sombras de Bayangan eran crueles y despiadadas, y absorbían una y otra vez a sus enemigas. Cuando éstas tenían ventaja, Suharto volvía a sentir el tormento en su espíritu, pero cuando vencían las del otro lado, recuperaba parte de la calma, no era la tela el campo de batalla, ¡era él…! En los breves momentos de sosiego le invadía una única pregunta: ¿quién sería el segundo dalang? Parecía también muy poderoso, aunque se le advertía cierta fatiga a medida que pasaban los minutos, una fatiga que Bayangan parecía no acusar…

El gran maestro, ciego de furia sacaba nuevas sombras sin parar, a medida que eran absorbidas por las otras, y de pronto, surgió una muy hermosa en la que se adivinaba la figura de una mujer ataviada con la magnificencia de una reina… o una diosa… Bayangan se quedó suspenso al verla, como si hubiera sido un error, como si no quisiera que ella hubiera salido… Suharto observó cómo se colocaba en el lienzo igual que había hecho el resto, pero al quedar proyectada pareció sorprenderse, es difícil saber dónde mira una silueta, pero sí que se notan algunas sensaciones y la sorpresa de la figura era patente.
El maestro intentaba hacer que luchara como las demás, pero se había quedado inmóvil, y no sólo ella, sino también las de su antagonista, el chico volvió a padecer el dolor de la batalla en su interior.
A Bayangan ya no le preocupaba que aquella sombra no le obedeciera: estaba ganando gracias a la inactividad de su rival, pero de repente sucedió algo inesperado, la mujer empezó a proteger al otro dalang, impedía que sus compañeras llegaran siquiera a tocar las figuras del adversario de su amo…
Bayangan ardía de furor, se descomponía, invocaba más sombras… y llegó un momento en que no vino ya ninguna, la balanza se inclinaba en su contra.
Al final sólo quedaron en la tela las del otro maestro y la figura de la mujer, Bayangan, inundado de odio gritó:

-¡Eres tú! ¿Verdad? ¡Agung Bambang Cahaya!- Y mientras decía esto tiraba de la tela para descubrir quién estaba detrás.

La sombra de la mujer desapareció con el paño y el dalang descubierto alzaba su mano como para impedirlo mientras exclamaba:

-¡Cinta… Cinta…!

Suharto se quedó sin habla… ¡el gran Cahaya era su padre…! Pronto salió del embeleso. Bayangan le agarró del cuello colocándole una daga.

-Suéltale, Bayangan. Dijo el padre.

-¿Por qué debería hacerlo?

-Porque ya no ganarías nada matándole, ya no puedes hacer sombras, su don no te sirve. Bang hablaba con firmeza pero su hijo percibía un ligero temblor en su voz.

-¿Y quién te ha dicho que quiero su don?

-Lo has buscado durante años y hoy casi lo consigues…

-Tienes razón, lo he buscado, pero no sólo por su don. –Respondió con acritud.

-¡Quieres arrebatarme lo único que me queda…!- Exclamó Cahaya con estupor- ¡no fue suficiente con llevarte a Cinta…!.

-¡Tú me la robaste! Estábamos prometidos, ¿recuerdas? –La voz de Bayangan sonaba estremecida por su animadversión hacia Bang.

-Sí, lo recuerdo muy bien, pero se asustó cuando empezaste a juguetear con los Espíritus Oscuros.
Suharto notaba el filo de la daga en su piel, en su frente brillaban frías gotas de sudor. Bang esperaba que Bayangan bajara la guardia para librar a su hijo.

-¡Los Espíritus…! A ella le gustaban, pero tú la convenciste para que se pusiera en mi contra. Trabajo sucio, muy sucio.

-De acuerdo, -Concedió Bang para no prolongar una estúpida discusión. - trabajo sucio, ¿Y tú?

-¡Yo qué! - Respondió con ofendida altivez.

-Te la llevaste, hiciste que la convirtieran en sombra. –Al hombre se le quebraba la voz al decir esto.-Has tenido su alma presa durante todos estos años, esclava de tu espectáculo…

Suharto recordó el tormento pasado hacía unos minutos y comprendió lo que pretendía Bayangan: hacer de él otra sombra para su teatro…

-Todo pecado tiene su castigo.- Dijo a Bang mientras agarraba con más fuerza al chico.

-Y… ¿cuál es el tuyo?

Bayangan parecía cansado y viejo de repente.

-¿El mío?- No pudo seguir hablando porque la sombra de la mujer surgió de la tela tirada en el suelo y se lanzó a la mano que sujetaba el cuchillo consiguiendo liberar a su hijo. Entonces el dalang pronunció unas palabras y la figura desapareció entre fuertes convulsiones. Suharto corrió hacia su padre que miraba el lugar donde había desaparecido la silueta de su querida esposa y mientras lo acogía entre sus brazos, dejó que gruesas lágrimas surcaran su rostro.

-¡Has vuelto a ganar!-Exclamó Bayangan con acento desabrido.

-Yo no fui nunca tu rival.

-¡Sí que lo eres! Me arrebataste todo lo que tenía algún significado para mí.- Las palabras del hombre eran como la hiel.- Eso te convierte en mi enemigo.

-No tenía por qué ser así, yo no pretendí nunca hacerte daño. Un dalang no debe hacer daño a nadie.

-¡Pues me lo hiciste! y mi gran fracaso es no haber podido culminar mi venganza.- Bayangan pronunció estas palabras con tal amargura, que consiguieron espesar aún más la atmósfera ya de por sí cargada de fuertes emociones.

-Dejaste que te poseyeran los Espíritus Oscuros, pero aún puedes librarte de ellos.

Bayangan miró a Cahaya con enorme desprecio y le contestó con el odio de todo su ser: -¡No quiero dejarlos, no quiero estar en el lado que tú has elegido! – Y tras decir esto, exhortó a los demonios para que se lo llevaran…

-¡No, espera…! – pero ya era tarde, muy tarde, el gran maestro fue engullido por los Espíritus a los que había servido toda su vida. Se lo llevaron consigo a la oscuridad eterna y Bang se quedó allí, abrazado a Suharto, sin moverse por unos momentos, sobrecogidos los dos por aquel terrible final del dalang…
El muchacho miró por fin a su padre y vio que sentía de verdad lo que había ocurrido con Bayangan.

Bajo los efectos de la conmoción, el hombre expresó sus pensamientos en un leve murmullo:
-¡No quiso salvarse… lo hubiera conseguido sólo con desearlo…!

-¿De verdad? – Preguntó el muchacho sorprendido -¡Estaba atrapado en el mal!

-Sí,- Contestó su padre.- pero… ¡si hubiera querido…! -Dejó la frase suspendida en el aire.

El chico aún miraba a Bang con cierta incredulidad y comenzó una especie de pregunta.-Así que… tú eres…

-Sí, yo soy Agung Bambang Cahaya.- Le contestó mirándole a los ojos.

-Me escondí aquí para protegerte, él sólo ambicionaba ser el dalang más grande jamás conocido y los Espíritus Oscuros deseaban hacerse soberanos del Wayang Kulit, de modo que hizo con ellos un pacto.

-Pero tú… -Suharto estaba admirado de todo aquello y a pesar del mal rato pasado, necesitaba saber…

-Yo era un gran obstáculo para sus planes, no sé, los Dioses me dieron un precioso don y mis sombras eran especialmente benéficas. Tu madre iba a casarse con él… pero cuando descubrió lo que se traía entre manos… vino a pedirme que lo curase, que lo apartara de los demonios. – Bang hizo una pausa, como si reviviera en su mente todo lo que había acontecido entonces. -No quiso escuchar, no quiso ser curado… Estaba obsesionado con su ambición…

-Y… entonces… ¿os casasteis? –Preguntó Suharto.

-Al cabo de un tiempo. Ella necesitaba alejar de su alma la inquietud que le produjo el trato con Bayangan y acudía asiduamente a mi teatro.

Hacía rato que en la cabecita del muchacho rondaba una pregunta delicada, temía formularla, pero seguía necesitando saber… -Y… ¿cómo…? ¿cómo…?

-¿Cómo se la llevó…?

El chico se puso colorado hasta las orejas pero asintió con una tímida sonrisa.

-Tú eras muy pequeño. Yo estaba haciendo mi representación y Bayangan entró a escondidas en casa mientras ella estaba en el mercado, te dejó al cuidado de una vecina. –Al hombre se le llenaron los ojos de lágrimas y se le quebró la voz, pero Suharto no quería que parara su relato, de modo que no dijo nada y esperó. Al cabo de unos momentos Bang se recuperó y pudo continuar.

-Lo único que sé es que cuando volví, la casa estaba revuelta y no estabais ninguno de los dos. Creí volverme loco hasta que te trajo la mujer con la que estabas. Me imaginé qué podía haber pasado y fui a hablar con Bayangan. – Hizo una breve pausa para controlar un poco las emociones que se agolpaban en su corazón.- Me dijo que ahora Cinta era suya, como debía ser, y que volvería a por ti para conseguir el don que seguramente yo te habría transmitido, de ese modo él sería el dalang más grande de todos los tiempos… y a mí… me habría despojado de todo lo que yo le había arrebatado a él… Entonces… desaparecí… me hice llamar Bang en lugar de Bambang y… ya sabes el resto.

Suharto se quedó un momento pensativo, en aquel teatro donde una vez hubo magia, ahora sólo había silencio y oscuridad. No podía haber sombras porque no tenía luz… Al chico todo aquello le parecía increíble, empezaba a entender por qué siempre le había atraído el Wayang Kulit. Bayangan le había hechizado de algún modo aprovechando eso para atraerle y realizar sus planes, ¡qué astuto! y había estado a punto de conseguirlo de no ser… ¡de no ser por el gran Agung Bambang Cahaya!

¡Leyendas… las leyendas siempre tienen una parte de verdad!

-¡Papá!- Exclamó el muchacho.

-¿Sí?- contestó su padre.

-No podemos dejar que vuelva a ocurrir algo así.

-¿Qué quieres decir?

-Pues… que no podemos permitir que los Espíritus Oscuros se hagan señores del poder del Wayang Kulit porque entonces… ¿cómo harán los Dioses para alejar el mal de la gente?
Bang miraba a su hijo con mal disimulado orgullo.

–Y… ¿qué podemos hacer? -Le preguntó con un punto de picardía.

-Para empezar, ¿por qué no me enseñas esas marionetas que tenías tan escondidas?

-¿¡Tan escondidas…!? –Bang soltó una sonora carcajada.-Las tenías delante de tus narices…

Suharto miró a su padre con incrédulo desconcierto.

-¡Adornaban las paredes de la casa de tus tíos…!

